

843
D

PQ 2227

F3

S6

V.1



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

INTRODUCCION

I

Una abadesa en el siglo XVIII

En la noche del 8 de febrero de 1719, una silla de posta blasonada con las tres flores de lis de Francia, ostentando además el escudo de la casa de Orleans, atravesaba, precedida de dos palafreneros y un paje, el pórtico romano de la Abadía de Chelles, en el momento mismo en que el reloj de su torre dejaba oír diez sonoras y acompasadas vibraciones.

Al llegar la silla bajo el peristilo, paró: y habiéndose apeado el paje apresuradamente, abrió una de las portezuelas, por la que salieron dos individuos que iban dentro de aquella.

El primero que bajó era un hombre de cuarenta

á cuarenta y seis años, de poca estatura, bastante grueso, colorado, muy suelto en sus movimientos, descubriéndose además en sus maneras cierto aire de superioridad y de mando.

El segundo, que descendió lentamente y uno á uno los tres escalones del estribo, era también de pequeña talla, pero sumamente delgado; su semblante, sin ser del todo feo, tenía un cierto no sé qué desagradable, á pesar de la viveza que brillaba en sus ojos y la expresión maliciosa que se notaba en la extremidad de sus labios; manifestaba ser muy sensible al frío, que en efecto era intenso, y seguía á su compañero tiritando, sin embargo de ir envuelto en una gran capa.

Acto continuo, el hombre grueso y colorado se lanzó con paso rápido hacia la escalera, subiéndola como persona que conocía muy bien el terreno que pisaba; atravesó en seguida una vasta antesala, devolviendo el saludo á varias religiosas que á su paso se inclinaban profundamente, y se dirigió, ó por mejor decir, entró precipitadamente en una sala de recepción, situada en el entresuelo, y en la cual no se veía la más mínima huella de esa austeridad que por lo común distingue el interior de un claustro.

El otro que, según hemos dicho, había subido muy despacio, atravesó las mismas piezas, saludó á las mismas religiosas, las que se inclinaron casi tanto como cuando pasó su compañero, con quien

se reunió por último en el salón de recibo, aunque sin apresurarse demasiado.

« Ahora, dijo el primero de los dos individuos que hemos descrito, podéis calentaros y esperarme aquí, interin tengo mi entrevista con ella, asegurándoos que en el corto espacio de diez minutos concluiré con todos los abusos que me habéis manifestado; si niega y necesito pruebas, os llamaré.

— ¡ Diez minutos! monseñor, repuso el hombre de la capa; creo que trascurrirán más de dos horas antes que vuestra alteza llegue á abordar tan sólo el objeto de la visita en cuestión. ¡ Oh! la señora abadesa de Chelles es una gran notabilidad en su género; ¿ por ventura lo ignoráis? » Al decir esto, se tiró negligentemente y sin la menor ceremonia en un sitial que había arrastrado junto al hogar, y extendió sobre el caballete de hierro que sostenía la leña, sus secas y descarnadas piernas.

« No, no, replicó con impaciencia aquel á quien se le daba el título de alteza; y si yo pudiese olvidarlo, vos os encargaríais de hacérmelo recordar, lo que á Dios gracias ejecutáis con bastante frecuencia. ¡ Por vida del hombre! ¿ por qué me habréis hecho venir aquí hoy con un tiempo tan crudo?

— Monseñor, porque no quisisteis venir ayer.

— Ayer era imposible; tenía una cita con mi lord Staer á las cinco en punto.

— Ya sé; en una casita de la calle de Bons-

Enfants: ¿ luego pues no habita ya milord en el palacio de la embajada inglesa?

— Señor abate, os tengo prohibido que espíeis mis pasos.

— Monseñor, mi obligación es desobedeceros.

— ¡ Pues bien! desobedecedme, pero dejadme mentir según me plazca, sin tener la impertinencia, con el fin de probarme lo excelente de vuestra policía, de advertirme que apercibís que falto á la verdad.

— Monseñor, tranquilizaos; de hoy más creeré todo lo que me digáis.

— No pienso pagaros en la misma moneda, señor abate, porque justamente en el asunto de que nos ocupamos en la actualidad, juzgo que hay algún error.

— Monseñor, estoy seguro de lo que he dicho, y no sólo lo repito, sino que me afirmo en ello.

— Pero, mirad, ningún ruido, ninguna luz, en una palabra, el silencio de un claustro: vaya, vaya, amigo mio; vuestras noticias son muy atrasadas, ó por lo menos carecen del don de la oportunidad.

— Ayer, monseñor, en el mismo sitio en que ahora os encontráis, había una orquesta de cincuenta músicos: allá abajo, donde se hinca de rodillas aquella joven religiosa, se ostentaba una magnífica mesa suntuosamente alhajada y provista de riquísimas viandas; y por último, al lado opuesto, en donde en este momento se está preparando para

las benditas hijas del Señor una frugal colación, reducida á un potaje de lentejas y queso, se bailaba, se bebía y se hacía....

— ¡ Y bien! ¿ qué se hacía?

— Á fe mia, monseñor, se hacía el amor á doscientas personas.

— ¡ Diablo! ¿ estáis bien seguro de lo que acabáis de decir?

— Tanto ó más que si lo hubiera presenciado; he ahí la razón porque habéis hecho bien en venir hoy, y mejor si lo hubieseis verificado ayer. Verdaderamente, monseñor, semejante género de vida no es propio de las abadesas.

— En efecto, señor abate, conviene más á los abates.

— Yo soy un hombre político, monseñor.

— Pues bien, mi hija es una abadesa política; he aquí todo.

— Bueno, bueno, monseñor; dejémoslo correr si os place: cabalmente vos sabéis mejor que nadie, que respecto á moral soy muy poco escrupuloso. Mañana me compondrán unas coplas, y las cantarán; ¿ qué importa? ya lo han hecho ayer y lo harán pasado mañana; para mí esto no tiene otra significación que una canción más. Por lo tanto, cuando oigamos cantar: *¿ De dónde venís, hermosa abadesa?* formando una perfecta simetría con: *¿ señor abate, á dónde vais?* será....

— Vamos, vamos, está bien; esperadme aquí, voy á reñirla.

— Creedme, monseñor; si queréis acertarlo, reñidla aquí mismo, á mi presencia, es lo más seguro; si os falta la memoria ó palabras, hacedme una seña y al momento acudiré á vuestro auxilio.

— Si, tenéis razón, dijo el personaje que se había encargado de hacer el papel de enderezador de entuertos, y en el cual creemos que el lector habrá reconocido al regente Felipe de Orleans; si, es de todo punto indispensable que cese el escándalo... á lo menos un poco; de aquí en adelante es preciso que la abadesa de Chelles no reciba más que dos veces á la semana; en una palabra, conviene no permitir tales fiestas y barahunda, y restablecer la clausura, á fin de que el primer recién venido no penetre en el convento como el montero en un bosque. Ya que Mlle. de Orleans ha cambiado la disipación por las ideas religiosas; ya que á mi pesar, y sin que yo haya podido evitarlo, ha abandonado el Palacio Real para trasladarse á Chelles... ¡ Pues bien ! á lo menos que sea abadesa cinco días á la semana; todavía la quedarán dos para hacer la gran señora; me parece que esto es muy bastante.

— Perfectamente, monseñor, perfectamente; ya empezáis á mirar las cosas bajo su verdadero punto de vista.

— ¿ No es esto lo que queréis ? decid.

— Monseñor, es lo que conviene; creo que una abadesa que tiene treinta lacayos, quince palafreneros, diez cocineros, ocho picadores y una jauría; que esgrime toda clase de armas, juega, canta, toca la trompa, sangra, receta, confecciona pelucas, tornea perfectamente un sitial, tira la pistola, y hace fuegos artificiales; creo, repito, que una abadesa que reúne semejantes cualidades no debe fastidiarla mucho la vida monástica.

— Á propósito, venid acá, dijo el duque á una anciana religiosa que atravesaba el salón con un manojo de llaves en la mano: ¿ no han participado á mi hija la noticia de mi llegada? Desearía saber si debo pasar á su estancia ó aguardarla aquí.

— Monseñor, respondió la religiosa haciendo una profunda reverencia, la señora va á venir al momento.

— ¡ Hum, está eso bueno ! murmuró el regente, que empezaba á notar que la noble abadesa obraba con respecto á su persona con bastante ligereza, tanto como hija cuanto como súbdita.

— Vamos, monseñor, recordad la famosa parábola de Jesús arrojando del templo á los mercaderes; presumo que la sabéis, ó al menos la habéis sabido, ó mejor dicho, debéis saberla, porque yo os la enseñé con otras mil cosas cuando fui vuestro preceptor; por lo tanto arrojad vos también algunos de esos músicos, de esos fariseos, cómicos y anatomistas; tres únicamente de cada profesión, con los

cuales os respondo formar una divertida escolta para que nos acompañe á nuestra vuelta.

— Descuidad, justamente me siento inspirado para predicar.

— Entonces, replicó levantándose Dubois (este era el nombre del segundo personaje), ved cuán afortunado sois, pues que ahora mismo se os presenta la ocasión de cumplir vuestros deseos. »

En efecto, en aquel instante acababa de abrirse una puerta que daba á la parte interior del convento, apareciendo en el umbral la persona que era esperada con tanta impaciencia.

Diremos en pocas palabras quién era aquella digna persona que á fuerza de locuras había llegado á excitar la cólera de Felipe de Orleans, esto es, del caballero más bondadoso y del padre más indulgente de Francia y de Navarra.

Mlle. de Chartres, Luisa Adelaida de Orleans, era la segunda y la más linda de las tres hijas del regente : tenía un cutis finísimo, una soberbia tez, ojos hermosísimos, manos sumamente delicadas y una estatura esbelta ; su dentadura, sobre todo, era tan magnífica, que su abuela la princesa palatina la comparaba á un collar de perlas encerrado en una cajita de coral. Además, bailaba muy bien, cantaba aun mejor, leía la música de repente y acompañaba con la mayor perfección : había tenido por maestro á Cauchereau, uno de los primeros artistas de la ópera, con el cual había hecho más rápidos pro-

gresos que los que hacen comunmente las mujeres, y en particular si son princesas : es verdad que Mlle. de Orleans ponía una grande asiduidad en sus lecciones ; mas pronto revelaremos al lector, del mismo modo que lo fué á la duquesa, su madre, el secreto de semejante asiduidad.

Sus gustos y pasatiempos eran los de un hombre, y parecía haber cambiado de sexo y de carácter con su hermano Luis : tenía un verdadero frenesi por los perros, los caballos y las monterías ; la mayor parte del tiempo lo pasaba manejando el florete, tirando la pistola ó carabina, y haciendo fuegos artificiales ; en fin, miraba con desprecio todo lo perteneciente al bello sexo, ocupándose apenas de su figura, la cual, según el retrato que hemos bosquejado, era acreedora á ello.

Sin embargo, en medio de todo esto, á lo que Mlle. de Chartres daba la preferencia era á la música, siendo tanta su predilección por este arte, que rayaba ya en fanatismo : rara vez faltaba á las representaciones de la ópera, en donde su maestro Cauchereau desempeñaba los principales papeles, dando al artista las más señaladas pruebas de la simpatía que le inspiraba, aplaudiéndolo como pudiera hacerlo una simple particular. Cierta noche que el cantante se excedió á sí mismo en la ejecución de una magnífica aria, la joven, sin tratar de contenerse, exclamó : « ¡ Oh ! bravo, bravísimo ! mi querido Cauchereau. »

La duquesa de Orleans halló
 la Universidad de Nuevo Leon
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Ado. 1625 MONTERREY, MEXICO

semejante exclamación no sólo un poco viva, sino también asaz atrevida para una princesa de la sangre, por cuya razón decidió que Mlle. de Chartres sabía ya bastante música; y á Cauchereau, perfectamente remunerado por sus lecciones, se le hizo la advertencia de que estando terminada la educación musical de su discípula, no tenía necesidad de presentarse más en el Palacio Real. Después de esto, la duquesa invitó á su hija á pasar quince días en el monasterio de Chelles, cuya abadesa, hermana del mariscal Villars, era íntima amiga suya.

En el corto periodo de tiempo que permaneció en el convento, fué sin duda cuando Mlle. de Chartres (la cual, según palabras expresas de Saint-Simón, obraba siempre á tontas y á locas) formó la resolución de renunciar al mundo: sea de esto lo que quiera, al aproximarse la Semana santa de 1718, solicitó de su padre el permiso de ir á cumplir con la Iglesia á la abadía de Chelles, lo que le fué concedido; mas esta vez, terminada ya su misión, en lugar de volver á ocupar en palacio el distinguido puesto que la estaba destinado como princesa de la sangre, impetró la gracia de quedarse en Chelles como simple religiosa. Viendo el duque que era bastante y aun sobraba con tener en su familia á un monje, pues así llamaba á su legítimo hijo Luis, sin contar con uno de sus hijos naturales que era abad de Saint-Albin, hizo todo

cuanto pudo para oponerse á tan extraña vocación, lo cual fué suficiente motivo, atendido el carácter de Mlle. de Chartres, para que se afirmase en su idea; por lo tanto fué preciso ceder, y el 23 de abril de 1718 pronunció sus votos.

Entonces el duque de Orleáns, reflexionando que no porque su hija fuese religiosa dejaba de pertenecer á la familia real, hizo un trato con Mlle. de Villars acerca de la abadía de la cual estaba en posesión: doce mil libras de renta que aseguró á la hermana del mariscal, terminaron el negocio; en su consecuencia Mlle. de Chartres fué nombrada abadesa de Chelles en reemplazo de aquélla, ocupando ya un año hacia este encumbrado puesto de tan extraña manera, que había, según hemos visto, excitado la susceptibilidad del regente y de su primer ministro.

He aquí, pues, á la célebre abadesa de Chelles, por tan largo rato esperada, que al fin venía á ponerse á las órdenes de su padre, no ya rodeada de aquella corte elegante y profana que había desaparecido con los primeros rayos de la aurora, sino seguida por el contrario de un fúnebre cortejo, compuesto de seis religiosas vestidas de negro, llevando cirios encendidos, todo lo cual hizo creer al regente que su hija se sometía de antemano á sus deseos. Entre todos aquellos semblantes, ni uno solo manifestaba la más mínima apariencia de alegría, de frivolidad y de descoco, viéndose

tan sólo retratada la más sombría austeridad.

Sin embargo, el regente reflexionó que el tiempo durante el cual se le hizo aguardar, podía muy bien haber sido empleado en disponer aquella lúgubre ceremonia.

« Tened entendido, dijo con tono breve, que aborrezco la hipocresía, y perdono fácilmente los vicios cuando no tratan de ocultarse bajo la apariencia de virtudes. Estos cirios de hoy, señora, tienen todo el viso de ser el resto de las bujías de ayer. Veamos, ¿habéis marchitado esta noche todas vuestras flores y fatigado á todos vuestros convidados, que no podáis presentarme ahora ni tan siquiera un ramillete y algún danzante ?

— Señor, contestó la abadesa con gravedad, os equivocáis si habéis venido á buscar aquí diversiones y placeres.

— Sí, ya lo veo, repuso el regente echando una ojeada sobre los espectros con los cuales su hija venía acompañada, y también veo que si ayer festejasteis el carnaval, hoy celebráis el miércoles de ceniza.

— ¿ Habéis venido, por ventura, señor, á hacerme sufrir un interrogatorio ? En este caso, dignaos indicarme cómo debo contestar á las acusaciones que contra mí han hecho llegar hasta vuestra alteza.

— Venía á deciros, señora, replicó el regente, que comenzaba á impacientarse de ver que se le

quería hacer pasar por la plaza de tonto ; venía á deciros, repito, que el género de vida que lleváis me disgusta mucho ; vuestros desórdenes de ayer sientan muy mal á una religiosa, vuestras austeridades de hoy son exageradas para una princesa de la sangre ; elegid de una vez, entre ser abadesa ó alteza real : se empieza á hablar bastante mal de vos en el mundo ; y por lo que á mí hace, me sobran enemigos, no necesitando por lo tanto que desde el fondo de este convento me soltéis también los vuestros.

— ¡ Ay de mí ! señor, repuso la abadesa con tono de resignación : si en la época en que daba banquetes, bailes y conciertos, que se citaban como los más suntuosos de París, no pude conseguir agradar á esos enemigos que decís, ni tampoco á vos, ni aun á mí misma, ¿ con cuánta más razón no lo lograré en la actualidad, que vivo retirada y reclusa ? Ayer di mi postrer adiós al mundo, esta mañana he roto definitivamente con él ; y por último, en este mismo instante, ignorando vuestra visita, acabo de tomar una resolución que estoy decidida á llevar á efecto.

— ¿ Y cuál es ? preguntó el regente, pensando que se trataría de algunas nuevas locuras tan familiares en su hija.

— Acercaos á la ventana, y mirad, dijo la abadesa.

Á semejante invitación, el regente se aproximó

á la ventana, desde donde se divisaba un patio, en medio del cual ardía un gran fuego. Al propio tiempo Dubois, con una curiosidad extremada, se dirigió también á la ventana, y colocándose á espaldas del duque, tendió la vista hacia aquel punto.

Delante de aquel fuego pasaban y volvían á pasar apresuradamente infinidad de personas, las cuales arrojaban en las llamas diferentes objetos de forma particular.

— ¿Qué es aquello? preguntó el regente á Dubois, que se manifestaba tan sorprendido como aquél.

— ¿Habláis de lo que se está quemando en este momento? replicó el abate.

— Justamente, repuso el regente.

— Á fe mía, monseñor, á lo que veo tiene todas las apariencias de un contrabajo.

— En efecto, dijo la abadesa, es el mio, un excelente contrabajo de Valeri.

— ¿Y lo mandáis quemar? exclamó el regente.

— Todos esos instrumentos son manantiales de perdición, dijo la abadesa con un tono compungido, que indicaba el más profundo arrepentimiento.

— ¡Dios mio! gritó el duque, ¿no es aquello un clave?

— El mio, señor; era tan magnífico, que me arrastraba á pensamientos mundanos; esta ha sido la causa de haberlo condenado á la hoguera.

— ¿Y qué contienen todos esos montones de papel con los cuales se aviva el fuego? preguntó

Dubois, á quien semejante espectáculo parecía interesarle sobremanera.

— Mis papeles de música, que mando quemar.

— ¿Vuestros papeles de música? repitió el regente.

— Sí, y los de la vuestra, dijo la abadesa; mirad con cuidado, y veréis arder vuestra ópera *Panthée*; ya podéis comprender que una vez tomado un partido, la ejecución ha debido ser general.

— ¡Muy bien! pero, ¿sabéis qué digo, señora? que habéis perdido el juicio; encender fuego con papeles de música y atizarlo con claves y contrabajos, es en verdad un exceso de lujo.

— Ved, señor, que hago penitencia.

— ¡Hum! decid más bien que renováis vuestra casa, y que todo esto no es otra cosa que haber buscado un medio de comprar nuevos muebles, por no gustaros ya los antiguos.

— No, monseñor, no es eso.

— ¿Pues qué? hablad con franqueza.

— Monseñor, estoy hastiada de diversiones, y trató en efecto de ocuparme en otra cosa.

— ¿En qué?

— En este momento iba en compañía de mis religiosas á visitar el panteón que debe recibir mi cuerpo, y el lugar que debo ocupar en él.

— Monseñor, dijo el abate, me engañaré; pero me parece que ahora verdaderamente se ha vuelto loca.

— Esto será muy edificante, ¿no es cierto, monseñor? continuó diciendo con gravedad la abadesa.

— En efecto, repuso el duque, y es indudable que si lo verificáis, daréis lugar á que uno se ría mucho más que de vuestras cenas.

— Venid, caballeros, continuó la abadesa, veréis como me coloco por un momento en mi ataúd; á la verdad es un capricho que de poco acá deseaba satisfacer.

— ¡Bah! demasiado tiempo tendréis que estar, señora, dijo el regente; además, semejante diversión no es tampoco invento vuestro, y Carlos V, que se hizo fraile del mismo modo que vos os habéis hecho religiosa, sin saber porqué, lo pensó antes que vos.

— ¿De manera que no queréis acompañarme, monseñor? repuso la abadesa dirigiéndose á su padre.

— ¡Yo! replicó el duque, á quien inspiraban muy pocas simpatías las ideas melancólicas; ¡yo ir á ver sepulcros, y oír cantar el *De profundis*!... ¡No, á fe mía, no! justamente lo único que me consuela de no poder escapar en su día del *De profundis* y del ataúd, es la esperanza de que cuando llegue ese día no oiré lo uno ni veré lo otro.

— ¡Ah! monseñor, exclamó la abadesa con ademán de asombro; ¿acaso no creéis pues en la inmortalidad del alma?

— Lo que yo creo, hija mía, es que sois una

loca de atar. ¡Vaya, vaya con el abate! que me promete disfrutar de una orgía y me trae á un entierro.

— Á la verdad, monseñor, voy creyendo que profiero las extravagancias de ayer; por lo menos era más divertido que lo de hoy.

La abadesa hizo un profundo saludo y se encaminó hacia la puerta de entrada.

Entonces el duque deteniendo á su hija, la dijo: Una pregunta no más; veamos, ¿estáis ahora verdaderamente resuelta, ó sólo es una fiebre que os ha comunicado vuestro confesor? Si estáis del todo decidida, nada tengo que objetar; pero si esto no es más que una fiebre, quiero que se os cure. ¡Voto á cribas! Cabalmente tengo un Moreau y un Chirac, á quienes pago para que curen mis dolencias y las de mi familia.

— Monseñor, replicó la abadesa, olvidáis que estoy bastante instruida en las ciencias médicas para emprender mi curación en el caso de creerme enferma; puedo aseguraros de un modo positivo que me siento muy bien; en fin, ¿queréis que os lo diga de una vez? soy jansenista; he aquí todo.

— ¡Ah! exclamó el duque, ¡esta es otra de las obras del padre Le Doux, indigno benedictino! si el cielo permitiera... Pero á ese yo sé un buen remedio que lo curará.

— ¿Cuál es? preguntó la abadesa.

— ¡La Bastilla! respondió el duque, saliendo

furioso de la estancia, seguido de Dubois, que reía á más no poder.

— Ya ves, dijo después de un largo silencio, á medida que se iban acercando á Paris; ya ves cuán absurdos son tus cuentos... Yo que rabiaba por predicar, me he visto precisado á aguantar un sermón; en una palabra, he ido por lana y vuelvo trasquilado.

— Vamos, monseñor, vamos; de todo eso se deduce que sois un padre sumamente dichoso: os doy la más cumplida enhorabuena por las grandes reformas verificadas en vuestra hija menor Mlle. de Chartres; desgraciadamente no sucede otro tanto con vuestra hija mayor madama la duquesa de Berry...

— ¡ Oh ! Dubois, calla, no me hables de ella; es mi pesadilla: por lo tanto, ahora que estoy de mal humor.....

— ¿ Y bien ?

— Deseo aprovecharlo para concluir con ella de una vez.

— Me parece que se halla en el Luxemburgo.

— Tal creo.

— Entonces, monseñor, vamos allá.

— ¿ Vienes tú también ?

— No pienso dejaros en toda la noche.

— ¡ Cómo !

— Tengo grandes proyectos acerca de vuestra persona.

— ¡ Acerca de mí !

— Os voy á llevar á una cena.

— ¿ Á una cena de mujeres ?

— Sí, monseñor.

— ¿ Y cuántas habrá ?

— Dos.

— ¿ Y hombres ?

— Dos.

— ¿ Con que es una partida completa ? preguntó el príncipe.

— Justamente.

— ¿ Y me divertiré ?

— Lo creo así.

— Dubois, ten cuidado; mira que cargas con una gran responsabilidad.

— ¿ Monseñor, os gusta lo nuevo ?

— Sí.

— ¿ Lo inesperado ?

— Sí.

— ¡ Pues bien ! disfrutaréis de ese placer; por ahora no puedo deciros más.

— En hora buena, respondió el regente; al Luxemburgo primero... ¿ y después ?

— Después, al arrabal de San Antonio.

A esta nueva determinación, el cochero recibió la orden de dirigirse al Luxemburgo, en vez de ir al Palacio Real.